

## **ARTE Y EVANGELIZACIÓN ¿UNA ALIANZA POSIBLE?**

Los conceptos de arte y de belleza, han sido y siguen siendo de difícil definición, sobre todo el de la belleza, y admiten por ello diferentes y legítimas interpretaciones.

Por eso, al iniciar mi intervención, me parece oportuno aclarar de inmediato que lo que sigue a continuación refleja exclusivamente mi propio y particular punto de vista, que no necesariamente pido sea compartido por ustedes, y dado el tiempo a disposición, tendrá el carácter de un simple punteo.

Por otra parte debo recordarles que no soy ni filósofo ni teólogo, como seguramente lo son la mayoría de ustedes y que lo que aquí diga, es resultado de una praxis de más de sesenta años en las lides del arte, realizando mi vocación en varias de sus disciplinas, pero, por sobre todo, en el ámbito del arte litúrgico.

### **Primer punto: el arte**

En el caso del arte, tal vez, la razón fundamental de la dificultad de definición de su esencia o significado, sea el que tiene al misterio como su materia prima, lo que produce en aquellos que se acercan a ella, una suerte de temor reverencial, pero que tratan de vencer fijando intelectualmente límites muy personales que permitan definirla.

Pero me parece recordar que cualquier “definición” se considera tal cuando fija límites precisos y sobre todos objetivos, dentro de los cuales puede manejarse el concepto y fuera de los cuales pierde la objetividad que la hace confiable, criterio que, por mucho que tratemos, es imposible de aplicar en nuestro caso.

No es casualidad el que los griegos, maestros en las estructuras lógicas del pensamiento, no tuvieran en su vocabulario la palabra arte y la hayan remplazado con el uso del término TEKNE, que, traducido a nuestro lenguaje contemporáneo, es TÉCNICA.

Esto podría hasta producirnos a los artistas cierto malestar, si no recurriéramos a cualquier diccionario para averiguar el verdadero significado de esa definición.

De esa “palabrita” que pareciera obviar y hasta desconocer la complejidad y profundidad de esa actividad humana, que, por algo será, se ha posicionado a través del tiempo como una de las más distintivas de la dignidad de la especie humana.

En efecto la definición aporta un punto de vista esencial: El diccionario nos indica: “Dícese de hacer BIEN algo” La letra mayúscula, evidentemente es mía. ¿Por qué me parece importante subrayarla?...

Porque se refiere a una cualidad del arte que es fundamental para poder reconocerla y distinguirla de las burdas imitaciones que han tratado de instalarse a lo largo de la historia: la excelencia, tanto en la construcción del concepto como en la ejecución de la obra. A esa característica esencial me referiré entonces cuando, a lo largo de mi intervención usaré la palabra ARTE.

### **Arte religioso y Arte Litúrgico.**

Al respecto, considero que, desde su aparición como actividad humana, el arte siempre ha tenido un carácter religioso, en su intento de contactarnos, “re-ligarnos” con el misterio y la trascendencia.

Otra cosa es la aplicación del arte a un ámbito específico, “comprometido” con un credo religioso determinado, y relacionado directamente con sus espacios dedicados al culto y con sus rituales. Sólo en ese caso, podemos hablar con propiedad de un “arte litúrgico”.

Pero, ¿Qué relación tiene hoy este arte con nuestra cotidianeidad? ¿Con nuestra manera de ser?, ¿Con nuestra visión de mundo?... En definitiva, ¿Con nuestra actual cultura?

Para tratar de contestar con cierta idoneidad estas preguntas, convendría, en primer término, recordar aquí lo que el Papa Paulo VI afirmaba en un documento dirigido a los artistas, en los años sesenta.

En él, sostenía que los artistas de cada época, al querer alabar a Dios a través de sus obras, tienen, no solo el derecho, sino también el deber de hacerlo con su personal lenguaje estético, que sea reflejo del mundo y de la humanidad que los rodean en el aquí y ahora de su propia existencia...

Hubo un largo período, sobre todo en los primeros siglos de la expansión del cristianismo, libre ya de trabas y con aceptación social, en que el arte fue acogido gozosamente y llamado a entregar su aporte a la urgente difusión del mensaje evangélico.

No dispongo aquí del tiempo necesario para ahondar en el tema. Baste recordar los grandes ciclos de mosaicos que adornan las grandes catedrales bizantinas, románicas o los frescos del gótico italiano como los del Giotto en la Capilla Scrovegni en Pádua, o la monumental y asombrosa obra de Michelangelo en la Capilla Sixtina.

Pero esa unión duró, en la práctica, y no exenta de problemas, solamente hasta fines del Renacimiento o comienzo del Barroco.

En forma paulatina pero sostenida, el arte se fue alejando de los templos para “laicizarse” e instalarse en la cotidianeidad de la vida social. ¿Qué sucedió? Lo cierto es que con ello se inició un proceso de secularización del arte que dura hasta nuestros días y que desembocó en el manifiesto divorcio actual entre ella y la Iglesia.

En el transcurso de los últimos siglos, a partir tal vez del corte histórico de la Revolución Francesa, el ideal tan bien expresado por las certeras palabras de Pablo VI se podría referir más a un deber ser que a una realidad.

Lo cierto es que la relación de los artistas con la Jerarquía Eclesiástica, se ha ido volviendo cada vez más lejana y hasta conflictiva, y esa exhortación ha sido no sólo desoída, sino absolutamente contradecida no pocas veces por las decisiones de aquellos que, en definitiva, tienen en sus manos el poder, sean párrocos, obispos o madres superiores, sometiéndolas a su personal gusto, no siempre certero.

En mi hoja biográfica, en el transcurso de mi azaroso y largo desempeño en el arte litúrgico, que me permitió, para bien o para mal, dejar más de cien obras en las iglesias de varias localidades de nuestro país, he tenido toda clase de experiencias de roces y desencuentros con la jerarquía en este asunto, pero es mi deber reconocer también que tuve algunos encuentros, desgraciadamente muy pocos, con “personajes” con quienes he podido vencer esas dificultades y tejer una relación de entendimiento y de fructífera colaboración.

Algunos de esos encuentros fueron muy notables, como los varios debates sostenidos con el Cardenal Silva Henríquez, cuando era simplemente el padre Raúl Silva H., párroco de La Cisterna.

A este propósito, me voy a permitir compartir con ustedes un breve recuerdo, que está directamente relacionado con lo anteriormente expresado y que menciono en una carta que le escribí a don Raúl, como mi aporte a un homenaje que se le rindió en la Biblioteca Nacional, en ocasión de su cumpleaños número cien. En una de sus partes, dice lo siguiente:

Querido Don Raúl,

Tuve la suerte de encontrarme contigo al comienzo de los años sesenta del otro siglo.

Mi amigo Jorge Díaz, quién aún era arquitecto, ex postulante al seminario salesiano y proyecto en cierne del gran dramaturgo en que había de convertirse, me presentó como posible candidato para ejecutar la entera decoración mural del templo de San Juan Bosco en la Cisterna que recién se había terminado.

La cosa resultó y eso me significó un largo período de varios años de interminables viajes en una motoneta Vespa, atravesando toda la ciudad, desde Vitacura hasta el paradero 22 y medio de la Gran Avenida, y diarios almuerzos en el comedor de la comunidad Salesiana, con las consiguientes sobremesas plagadas de discusiones y debates acerca de mi trabajo y de la situación del país.

Recuerdo con claridad una de ellas en la cual las cosas llegaron a ponerse difíciles a raíz de algunos comentarios tuyos acerca de mi estilo de pintura que, a tu juicio, era demasiado “moderno” así entre comillas, para la comprensión de los feligreses del barrio, mayoritariamente de clase media, empleados, comerciantes o, derechamente, de clase obrera.

Llegó a tal extremo la diferencia de opinión, que terminé el debate con una frase de esas casi para el bronce, que de vez en cuando se le salen a uno, sin pensarlo.

Muy tranquilo, te dije: “Mire, don Raúl, es mejor que usted no me siga discutiendo, porque usted es Salesiano” Se produjo un silencio de esos que se pueden cortar con un cuchillo. Tu, don Raúl, aparentemente calmado, me preguntas “Y eso, ¿Qué significa?” Ya no había posibilidad de volver atrás. Seis o siete pares de ojos salesianos me miraban fijamente y esperaban una aclaración a mis palabras que sonaban casi a insulto...

Tomé aire y, mirándote, dije lo que sigue imitando tu misma calma.: “Es que los Salesianos pertenecen a la única congregación católica que tiene cuatro votos en vez de tres (Una pausa justa para dar un poco más de suspenso)... Pobreza, Castidad, obediencia, y... MAL GUSTO”... Un instante e silencio y después... una carcajada tuya que se contagió al resto y que terminó en un brindis con el vino de misa de la viñita salesiana de Macul....”

Hasta aquí la cita

Lo cierto es que el resultado de mi aseveración no se hizo esperar... Terminado el trabajo de San Juan Bosco, seguí con el Teologado Salesiano de Lo Cañas y con miles, literalmente miles de dibujos para los Catecismos y libros de religión de la Editorial Salesiana que algunos de los que hoy nos acompañan, seguramente han tenido en sus manos en su época de escuela básica. En definitiva el sistema como siempre, ganó y me retuvo por varios años...Aún no se si fue porque yo me contagié con el gusto salesiano o ellos con el mío...

¿Por qué esta cita tan auto referente?

Sencillamente para destacar que los resultados de la integración del arte contemporáneo en nuestras iglesias dependen exclusivamente de la capacidad de entendimiento mutuo directo entre artistas y aquellos o aquellas que tienen la responsabilidad de velar por la correcta adecuación de los espacios litúrgicos al uso al cual están destinados.

Pero, ¿Con que preparación cuentan esos responsables para poder ser contrapartes idóneas al momento de tomar esas decisiones? Más aún,

¿Existe una preocupación en nuestros seminarios diocesanos por formar los futuros sacerdotes en una mínima capacidad de entender la importancia de las obras de arte en la relación de los fieles con el culto divino?

Sinceramente creo que no. Ellos no son simples clientes de los artistas o coleccionistas de obras, en cuyo caso tendrían todo el derecho de basarse exclusivamente en su propio y legítimo gusto personal, porque se trata de un ámbito privado, pero resulta que en nuestro caso se trata de ARTE PÚBLICO en el más amplio sentido del término, porque está destinado a ser contemplado o “consumido” en comunidad, en un “espacio público”, a través del tiempo y de manera constante.

Hace muchos años me tocó responder a un pedido del Seminario Mayor de Santiago para que organizara un pequeño taller en sus dependencias, con algunos seminaristas interesados en entender un poco más el proceso artístico, tanto en la práctica como en la teoría... ¿Resultados?... Dos de los participantes de entonces son hoy exponentes destacados de nuestro arte: Francisco Gazitúa, tal vez el mejor escultor chileno actual y Jaime Pelissier, orfebre y escultor de larga trayectoria en Estados Unidos, pero... ningunos de los dos se ordenó de sacerdote.

Después de entonces, no supe más de alguna tentativa semejante.

Seguramente, las urgencias fueron otras y tal vez, en vista de los desafíos planteados por la rapidez de los cambios sociales que se sucedieron, se consideró, lisa y llanamente innecesario y una pérdida de tiempo precioso para la formación sacerdotal el distraer a los postulantes o seminaristas de los verdaderos objetivos de su vocación.

Considero grave este hecho ya que, al no existir esa preparación, las decisiones que se toman en el ámbito de la adecuada decoración de nuestras iglesias están sujetas al gusto personal que muchas veces se erige en juez de lo que es “idóneo” para motivar la religiosidad de la comunidad toda, y con ello, tal vez sin darse cuenta se impone a los “otros” un criterio exclusivamente subjetivo acerca de lo que es bello y lo que es feo

Es entonces cuando, por no equivocarse, los o las más prudentes recurren a lo ya hecho o más conocido, que tuvo resultados positivos en el pasado y se limitan a repetir algo que, sacado del contexto que le dio vida, pierde toda capacidad de diálogo con estos otros que viven inmersos en una realidad muy diferente. Ejemplo de eso es la inconcebible proliferación de íconos “a lo bizantino”, que se ha vuelto una moda casi incontrolable, imponiendo una estética que no tiene nada que ver con nuestra cultura.

Lo más grave del asunto es que, al igual que los perritos de Pavlov, de tanto verlos y rezar frente a ellos, los fieles se irán convenciendo de que esa manera de expresar la religiosidad es “nuestra” y se irán alienado de lo que es más cercano a la cotidianeidad de nuestra cultura.

Si en el pasado lejano se hubiera actuado de igual manera, no tendríamos hoy con nosotros algunas de las obras más emblemáticas del arte universal, como los frescos de Michelangelo en la Capilla Sextina o del Giotto en la Capilla Scrovegni de Pádua a los que me referí anteriormente.

Menciono nuevamente estos dos casos, porque en ellos es evidente una especial característica de las autoridades que lo encargaron. La de arriesgarse en una alianza con los más destacados y audaces representantes de la revolución estética de sus respectivas épocas.

Espero poder avalar mi aseveración con algunos ejemplos gráficos, en la segunda parte de esta charla. Baste, por el momento, recordar que tanto el Padre prior que aceptó las pinturas de Giotto en la Capilla Scrovegni, como el Papa Julio II, que encargó a Miguel Ángel la decoración de la Capilla Sextina, tuvieron que soportar por ello las feroces críticas de los defensores de la tradición, esos mismos que siempre están dispuestos a saltar al ruedo, a la menor provocación...

**Segundo punto: La belleza en el arte.**

Desde los griegos, y durante casi dos mil años, la belleza se instaló como la base sobre la cual se sustenta cualquier obra de arte y como ideal estético. Sus características esenciales de orden, magnitud y armonía se convirtieron en fórmula perdurable en el pensamiento occidental.

Hasta que, al final del siglo XVIII, Kant desplaza el significado de belleza al ámbito subjetivo afirmando que: “El arte bello es aquel cuya forma genera un sentimiento de placer en el observador. No son las propiedades “objetivas” de la obra, sino sus efectos sobre la sensibilidad individual, sobre el gusto, lo que caracteriza la obra de arte...”

El tiempo a disposición se acorta, y creo que es suficiente con estas citas, extraídas del extraordinario libro de Humberto Eco, “La historia de la Belleza” (y a cuya lectura invito a todos los presentes), para enhebrar sobre ellas apenas las tres últimas y pequeñas consideraciones, relacionadas con nuestro tema, a modo de despedida.

**Primera consideración:**

El gusto es susceptible de ser educado. No se puede amar o entender lo que no se conoce. Educar y no domesticar o uniformar, pero sí abrir el entendimiento a la diversidad estética de las expresiones artísticas.

**Segunda consideración:**

Urge fomentar y practicar con entusiasmo el diálogo y la acogida. No recurrir a la simple y gastada tolerancia hacia lo “nuevo”, sino que promover la aceptación gozosa de las diferentes estéticas como fuente de enriquecimiento, ampliación y profundización del mensaje humanizante del arte.

**Tercera consideración:**

Rescatar el arte como herramienta eficaz e inigualable de evangelización y de catequesis. No impositiva sino propositiva. Cristo invitó, no impuso desde arriba la Salvación, nos la propuso. Él mismo se ofreció como mediador en la cruz. Trabajar con constancia para volver a revivir el concepto de la “Biblia Pauperum”, para narrar con sencillez y belleza “para todos”, tal como se hizo durante muchos siglos y sin distinción, los hitos de la Encarnación del Verbo en la historia humana.

**Seguramente hay mucho más que decir y, por otra parte, me consta que hay otros, presentes entre nosotros, que podrían haber tratado el tema con mayor profundidad e idoneidad.**

**Tomen entonces todo lo anterior como una simple introducción que consideré necesaria para contextualizar las imágenes que veremos a continuación y que espero ilustren y aclaren mucho mejor lo que quise comunicarles....**

**....Sigue power point... comentado con textos improvisados**

**Claudio di Girolamo**

**28 de mayo de 2009**